



Enciclopedia Mínima

Author(s): Ricardo Sumalavia

Source: *Renacimiento*, No. 41/42 (2003), pp. 108-109

Published by: Librería y Editorial Renacimiento S. A.

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40515864>

Accessed: 20-06-2016 05:55 UTC

---

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at

<http://about.jstor.org/terms>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).



*Librería y Editorial Renacimiento S. A.* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Renacimiento*

---

---

# RICARDO SUMALAVIA

## E NCICLOPEDIA MÍNIMA

**LECTOR EN SERIE.** Para el doctor Méndez, hombre entregado a su ciencia, pero más aún considerado un fiel devoto del relato policial clásico, la decisión de emplear estricnina fue la más acertada. Supo perfectamente que este alcaloide, obtenido a partir de la nuez vómica y del Haba de San Ignacio, suministrado a la víctima de turno en una dosis entre 50 y 100 miligramos, produciría una intoxicación aguda digna de la mejor literatura. No por nada es utilizada en *El signo de los cuatro* de Arthur Conan Doyle, como también en los relatos *El misterioso caso de Styles*, *Muerte en el Nilo* y *El enigmático mister Quin*, de la señora Aghata Christie, por citar algunos ejemplos predilectos del doctor Méndez. Él disfrutaba tender estos puentes entre ficción y ciencia, aunque no hay que descartar que el azar, al intervenir, sea en un campo o en el otro, lo arrastraba hasta el paroxismo, pues la estricnina, en un punto de su progresiva intoxicación, produce terribles y frecuentes espasmos, al grado que cualquier ruido o movimiento, originados por un posible salvador, sólo provocaría un espasmo más y la anhelada muerte llegaría a causa de una insuficiencia respiratoria. El doctor Méndez goza de la vida y la literatura, y en sus plegarias nocturnas, luego de alguna muerte o algún libro, siempre suplica para que los escritores sean también bienaventurados.

**VERDADERAS AMIGAS.** Una pequeña niña se acercó a otra, no sólo mayor en un par de años, sino notoriamente más alta, y le preguntó por qué sus padres y hermanos, los de la pequeña, insistían en decirle que su amiga, la niña espigada a quien le hablaba, no existía, que se trataba sólo de una amiga imaginaria.

---

—No me vengas otra vez con lo de tu familia. Ya te he dicho que ellos sólo están en tu mente —precisó la alta.

—Está bien —aceptó la pequeña, dubitativa, mirándose las manos, como si de esa manera pudiera evitar que se desvanezcan.

**PARATEXTO.** La fotografía en la contraportada de su libro lo mostraba muy orondo, con una expresión de felicidad que para nada se condecía con un autor que trataba asuntos tan complejos y serios, y por qué no decirlo, dolorosos. Además, si uno se fijaba en el fondo del retrato, lo que veía era una pared color rojo ocre, tan de moda en cierto sector intelectual de pacotilla, con unas flechas colgadas y revestidas de plumas multicolores, o, más exactamente, con unos remedos de flechas, de un indecible exotismo artificial que se puede adquirir en cualquier feria artesanal camino al aeropuerto. Y para colmo, el sujeto tenía bigotes. ¿Quién le puede creer a un tipo con bigotes? Si llevara barba, en fin; ¿pero bigotes? Éstos en vano pretenden ocultar una sonrisa a todas luces cargadas de burla. Al lector, claro. ¿A quién más? Y es deber nuestro impedir que esta burla se haga extensiva y que esa mirada obtusa termine por penetrar en nuestras mentes, plagándola de siniestros vacíos. Yo propongo quemar la edición, afeitar al escritor y matar a su fotógrafo.

**ALMAS PERDIDAS.** Aquella vez, en la cantina de Don Claudio, jugando a los dados, perdí hasta el alma. En una segunda oportunidad, no sólo la recuperé, sino, incluso, regresé a casa con mucho dinero y otras tres almas que metí dentro de una caja de cartón y guardé en el compartimento superior del clóset. Uno nunca sabe el valor que puede adquirir lo que no se ve.

**GEOGRAFÍA.** Estaba próximo a llegar a El Vedado cuando de una ruinoso casona salieron dos jineteras (providencial apelativo para estas muchachas de entrepierna generosa y tarifa por discutir).

—Hola, mexicano. ¿Qué tú haces tan solito?

—No soy mexicano.

—Claro, chileno. Ven con nosotras que te vamos a templar esa cuerda de maravillas.

—No soy mexicano ni chileno. Digamos que estoy al centro.

—Eso mismo, mi amor. Vas estar al centro.

Y nos fuimos juntos a conocer nuestra geografía.

